



❖ boletín informativo ❖

ASOCIACIÓN CULTURAL «AMIGOS DE MACOTERA»

Número 81

Ejemplar gratuito

Febrero 2003

CELEBRACIÓN DE LA MISA DEL GALLO EN SALAMANCA



Numerosas personas -alrededor de doscientas- participaron ayer en la Misa del Gallo que la Asociación Cultural Amigos de Macotera convocó en la iglesia salmantina de Santo Tomás Cantuariense, enfrente del Colegio de Calatrava. La misa del Gallo es una de las tradiciones más arraigadas de la villa de Macotera, y una de las piezas músico-religiosas más

originales de la provincia. Se canta en latín, acompañada por pande-retas y castañuelas, y su sonido trae a la mente imágenes de auténtico sabor gregoriano y pastoril.

Casi todos los asistentes al acto religioso fueron macoteranos residentes en la ciudad, pero también asistieron algunos hijos ausentes que, aprovechando las vacaciones navideñas, se acercaron a Salamanca para estar con los suyos y les acompañaron en la celebración de la tradicional Misa del Gallo.

El templo de Santo Tomás cantuariense es una de las pocas piezas arquitectónicas del Románico en Salamanca que se conservan en perfecto estado, gracias a las obras de restauración llevadas a cabo sobre ella recientemente. Contemporánea de la Catedral Vieja, se considera la primer iglesia del mundo dedicada al santo inglés de Canterbury que murió asesinado en el altar, por oponerse a las ideas de su rey -del que había sido amigo-.

Esther Vaquero (El Adelanto 30/12/2002)

DESDE BARCELONA

El pasado día 1 de diciembre, un grupo de macoteranos nos juntamos en Sabadell. Tenemos costumbre de hacer un encuentro cada año, que suele ser para el buen tiempo, pero, en esta ocasión, tardamos algo más. El día amaneció frío y lluvioso, pero nosotros tuvimos "calor de hogar". Comenzó con una misa en la parroquia de "Antonio el Corto". Después, en el centro parroquial, que se acondicionó para la ocasión tuvimos la comida. Antonio se encargó del aperitivo y después cada uno se llevó su fiambra, aunque compartimos todo de todos.

Francisco García de Peñaranda llevó unas cintas de San Roque de bastantes años atrás, donde salían algunos de los allí presentes. En ellas vimos reflejado el paso del tiempo.

Después de la comida, la sobremesa. Se hicieron corrillos para hablar de temas varios, todos ellos relacionados con Macotera. Por cierto, aunque las mujeres tenemos la fama, en esta ocasión, hubo un grupo de hombres que hablaron largo y tendido. El tema principal era sobre una futura asociación de macoteranos, que, en un principio, quedó en una propuesta.

Pasamos un buen día, siempre es agradable encontrarnos y darnos ese abrazo fraternal de paisanos.

¡Hasta la próxima!

M^a Encina Isabel Blázquez

JERÓNIMO BUENO SALINERO



Realiza su undécima exposición personal en la "Galería Quorum" de Madrid.

La muestra de Salinero se inauguró el 11 de diciembre y se retiró el 11 del pasado enero. Resultó todo un éxito artístico y de público, como corresponde a una obra preñada de originalidad y de carácter nostálgico. Salinero resu-

cita y reconstruye el mundo de los objetos que maniobramos los hombres y, ya en desuso, los echamos al vertedero o los dejamos abandonados a la vera del camino, y el tiempo los tiñe de óxido, los deforma o los desfigura, y Jerónimo nos dice en su pintura que, a pesar de lo feo y desagradable de este montón de chatarra, todo él esconde un valor sociológico y psicológico con una huella simbólica que se mantiene y revive en nuestra mente; y, por lo tanto, hay que plasmar y perpetuar en algo tangible como documento de nuestra historia cotidiana.

A esta colección de doscientos dibujos, Salinero le pone el título de "Formas y objetos encontrados".

Pero, en esta nueva etapa de madurez pictórica, que se enclava dentro del expresionismo abstracto, el autor traza y exhibe, en "Galería Quorum", una segunda serie, que denomina "Domus Áurea", inspirada en las imágenes que impactaron su sensibilidad creativa en su viaje a las ruinas de Pompeya. "La visión traumática de aquel instante detenido, calcinado y fosilizado surge magnífica en la segunda serie aquí representada" (manifiesta Javier Rubio Nombrot en el catálogo de la exposición).

Y para elaborar sus cuadros emplea toda su sabiduría técnica, echa mano del yeso, de colas, salpicaduras, raspaduras, fuego, tallas, colores imperceptibles, formas fugitivas... Todo un bagaje de elementos en que apoya su espíritu intuitivo e inquietud personal de salvar a este mundo de la destrucción y de su propia aniquilación. Se trata de una obra en que el excepticismo puede ser vencido por un optimismo romántico y poético.

Jerónimo, mitad Fidel y mitad Pericache, cumplió 57 años. Cuando viene a Macotera, le gusta saborear el chorizo y compartir grandes tertulias con sus paisanos. No se da importancia ni le gusta salir en los medios. Es sencillo, fiel a su barba y a su mirada bonachona; en cambio, es todo un artista de talla internacional.

Enhorabuena.

MI TIERRA, MI GENTE

CINCO YUNTAS Y UNA PAREJA

“Las ventanas a la calle son un poco peligrosas pá los padres de familias que tienen las hijas mozas” (copla)

Atolondrada, perdida al salir a la calle, ella, la madre, no sabía dónde estaba. Era como cuando la operaron de apendicitis. Poco después de pincharla con la anestesia, empezaron a borrarse los objetos, las caras de los médicos y de las enfermeras y todo se convirtió en una luz blanca, como cuando el fuego funde el hierro en el crisol. Tropezó y fue a dar de bruces con un señor que venía de frente. Éste la sujetó antes de que llegara al suelo y la sentó en un banco cercano. Cuando volvió en sí, un grupo de curiosos la rodeaba y estaba a su lado la doctora Mary Ángeles Cervera, a quien había avisado Gertrudis.

Subieron de nuevo a la consulta. La doctora le administró un calmante y dejó a madre e hija en un cuartito reservado a los clientes de confianza, hasta que Manuela estuvo más entonada. En un principio la impresión no había sido tan fuerte. Instantes después, los muebles empezaron a dar vueltas. Ella sentía perder sus fuerzas y girar como en la noria el año que se casó y fueron a ferias ella y su marido.

¿Que Gertrudis, su hija, estaba embarazada?... Aquellas palabras de la doctora Cervera la habían trastornado. No podía ser. La doctora era muy buena, muy lista, muy sabia, pero no conocía a su hija como ella. Le había gritado: “¡Mary Ángeles, no puede ser!”.

“Es”, respondió la ginecóloga. Pregúntele a ella. Gertrudis ya había bajado la cabeza y se había puesto colorada como un tomate, aptitud que adoptaba con frecuencia para ocultarse y no responder. Estaba llorando, y a Manuela se le rompió el corazón al ver las lágrimas de su hija. Sacó el pañuelo de la bocamanga de su blusa y la secó con ternura. La miró con curiosidad y se encontró con ese rostro de su hija tan dulce y tan parecido al de la Purísima

Manuela se sentía mejor, se despidieron de la doctora y salieron a la calle con el tiempo justo para coger la Serrana. Le hubiera gustado pasar por el convento donde era profesora su hermana mayor

Josefa y desahogarse con ella, contarle el descubrimiento de la doctora Cervera, tras las pruebas y reconocimiento a Gertrudis, su sobrina preferida, de la que esta más que segura que sería religiosa, porque ya lo era en realidad en el pueblo: Presidenta de las Hijas de María, presidenta de las Jóvenes de Acción Católica. Era una verdadera religiosa de clausura en medio del mundo. No conocía otro camino que el que va de su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa. Alguna vez se acercaba al pozo a buscar agua, y siempre acompañada o de su hermana Juana o de su vecina Petra. Le daba un poco de miedo, y se sonrojaba siempre al pasar por delante del rincón del tío Carrolo, donde había siempre, sobre todo en invierno, muchos hombres y donde los mozos esperaban el paso de sus novias para acompañarlas.

Ni bailes, ni paseos, ni muchachos. Así desde que empezó a ir a la escuela hasta que ya moza casadera se encerró en su casa con los bordados y los libros: las vidas de los santos, las Moradas de santa Teresa, san Juan de la Cruz, la Santa Biblia... y, también obras de la literatura universal que le enviaba su tío Paco, catedrático y alimentador de la gran afición de su sobrina por la lectura.

Su madre la miraba de reojo según avanzaba la serrana, lenta como siempre, por las tierras de Calvarrasa, Encinas, Ventosa, Araúzo, Peñaranda. Al ver a lo lejos el Cerro, una súplica saltó de su corazón, como una paloma blanca: ¡Corazón de Jesús bendito, que sea mentira!

Tiempo tuvo también de repasar su vida. Y aquel otro acontecimiento, ocurrido 24 años atrás. Como hoy, sintió volverse loca. Su madre fue su apoyo y sostén en aquella ocasión. Sin ella, no lo habría podido superar. ¿Sería ella capaz de ayudar a su hija Gertrudis? Tenía 18 años. Los había cumplido el 24 de marzo y Antonio, el novio suyo de toda la vida, había vuelto de la mili, dos días después, el 26 de marzo, sábado por más señas. Fue el último día que habló con él. Alguien se metió entremedias. La familia de él nunca la había querido. Habían hecho todo lo posible e imposible por separarlos. Hasta inventar calumnias como que la habían visto con otro mozo por las zarzas del puente Angorrilla.

boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Equipo coordinador

Sebastián Sánchez Sánchez
Eutimio Cuesta Hernández
Diego Losada Cosmes
Fernando Cuesta Martín
Ramón Zaballos Bueno
Juan Manuel González Hernández
Ángel Blázquez Taboada
José Luis Rivero del Campo
Juan Bautista Blázquez
Cristóbal Martín Bueno
Gerardo García Cuesta



boletín informativo ASOCIACIÓN CULTURAL AMIGOS DE MACOTERA

Cuentas corrientes

Caja Duero:
2104/0012/60//300001166-1

Argentaria/BBVA:
0182/3700/19/0208786324

Cooperativa Macotera “Sección de crédito”:
5589

**Para los interesados,
la cuota anual es de 8 euros.**

Depósito Legal: S.192 - 1987

Maqueta, fotocomposición e impresión:
COPISTERÍA OPE
PASEO CANALEJAS, 20
37001 SALAMANCA
923 26.42.73

Dirección de la Asociación:
Boletín Informativo
ASOCIACIÓN CULTURAL
AMIGOS DE MACOTERA
C/ Gardenia, 1, 3º D
37003 - SALAMANCA
Teléf. 923 25 20 12

asocuamacotera@terra.es

Las razones, para aquellos tiempos, estaban bien claras: cuatro yuntas de bueyes contra una de mulas. Y como sus padres tenían menos de cincuenta huebras, encima había que arrendar otras quince para llegar a las cincuenta, que son las que suele labrar una yunta.

Pero, hete aquí que en casa de Antonio eran, aparte de los padres, tres machos (varones) y dos hembras. Ellos eran tres: su hermana Josefa, monja benedictina, ella Manuela y su hermano Paco, que había estado cinco o seis años en los curas y ahora era catedrático de griego en la Universidad de Salamanca.

Con el tiempo los tractores sustituyeron a bueyes y mulas. Las bodas, las particiones y las desavenencias habían igualado las fortunas. Incluso a favor de Manuela, que se reía por lo bajinín y daba gracias a Dios, porque también ella había podido ser mayordoma del Señor sin tener que pedir ningún préstamo a la caja como otros.

Dejando de lado muchos detalles que nos gustaría relatar a nuestros lectores, diremos que a Manuela, guapa y buena moza, enseguida se le arrimó otro hombre, con unas tierrillas y el oficio de tratante, Jesús. Y como ocurre que las gomas de borrar no quitan ciertos escritos, hay sentimientos que duran toda la vida. Manuela a veces se sentía culpable y cuando se confesaba con el coadjutor don Mariano (al párroco don Leandro le tenía mucho respeto) se acusaba de estar viendo la cara de Antonio en los instantes íntimos con su Jesús.

Hubo una circunstancia (que no vamos a explicar), que hizo que esos sentimientos tardaran en desvanecerse y que el rencor no se borrara nunca. Y es que les tocó vivir como vecinos, linderos toda la vida. Una ancha pared de adobe separaba las dos viviendas y los corrales, con grandes puertas traseras por donde pasaba un carro con barcinas, se abrían a un camino que daba a las eras. Las viviendas contaban con solana. En los corrales había pajares, tenás y un pozo en cada uno con brocal de piedra de Pajarilla, y sus correspondientes poleas, calderos y sogas para sacar el agua.

Al día siguiente del viaje a Salamanca, una vez Jesús, su marido, salió para la corraliza, donde pasaba la mañana atendiendo al ganado, y su hija Juana se marchó al corte, Manuela pensó que era el momento de hablar con su Gertrudis del embarazo. Con cierto tembleque en el cuerpo subió al sobrao, donde su hija pasaba el día con sus libros, sus bordados y su espionaje del corral de los vecinos desde la solana.

Y sin andarse con rodeos, Manuela la espetó; “¿Vas a decirme quien es el padre del niño que esperas? Gertrudis se escondió una vez más en el sonrojado de sus mejillas y en las lágrimas. Siempre conseguía desarmar a su madre con esos ardides”. “Pero hija, ¿sabes el lío que nos has metido? ¿Cómo vamos a salir a la calle tu padre, tu hermana y yo con esa mancha? ¿Qué va a decir la gente? ¿Quién ha sido el que se ha atrevido a abusar de ti, de tu inocencia? Tiene que haber sido un hombre malo. Dime quién es para denunciarlo, por entrar en esta casa y mancillarte.

Las últimas palabras de Manuela sirvieron para cerrar a cal y canto la boca de Gertrudis, que se decía para sus adentros: “¿Denunciar a mi ángel, al hombre que ha conseguido poner un trozo del cielo alrededor de mí en esta vida cochina, con el que he creado una isla de amor en medio de un mar de odios?”. Entre jipidos, bajito, bajito, Manuela oyó a su hija que musitaba: “A los ángeles no se les denuncia”.

Se bajó a la cocina y se hartó de llorar. Su soledad era ancha y larga como los campos que había por fuera de las portás. ¿A quién contarle su pena? ¿A quién pedir consejo? ¿A su marido, a su otra hija? Quería esperar un poco, además le estaban haciendo cosquillas en su corazón las últimas palabras que había runrunado Gertrudis. Un ángel había dicho. ¿Y por qué no? Era tan buena su hija... además si no salía de casa nunca sola. ¿Cómo podía explicarse aquello? Don Mariano pegó un salto dentro del confesionario. Se acordó del día que el cristal frontal de su coche quedó hecho trizas por el impacto de una piedrecilla. Con la diferencia de que un susto fue físico y el otro, espiritual. Gertrudis embarazada. La muchacha a la que él había puesto de ejemplo en todas las reuniones, en todas las pláticas, en todos sus sermones. ¿Y cómo había podido ser aquello, si nunca se la había visto con muchacho alguno? La madre hablaba en ese momento de no sé qué de un ángel. Manuela -gritó el confesor- ¿qué estás diciendo, que un ángel, que el Espíritu Santo, otro hijo de Dios? por favor, Manuela, no desvaríes, abre los ojos”. Don Mariano hablaba con tanta fuerza, que se le oía en toda la iglesia.

Como le había aconsejado el coadjutor, en cuanto pudo se lo contó a su marido y a su otra hija Juana. Ya eran tres-cuatro cabezas a pensar cómo salir de aquella situación, que tanta vergüenza les producía a todos. No se cansaban de repetir, “¡Cuándo se entere la gente...!” Convencidos de que a Gertrudis no le sacaban una confesión, decidieron que lo que había que hacer era vigilar, porque allí había gato encerrado, y la santa de la familia era más lista que santa.

La estrategia planteada no tardó en dar resultado. Los ruidos venían a escucharse de una a dos de la madrugada. Las primeras noches eran imperceptibles y parecían ser los gatos al entrar y salir por la gatera. Tampoco habían dado resultado las trampas, porque alguien soltaba las cuerdas atravesadas o limpiaba las señales de tiza. Después de dos fracasos seguidos: el primero porque al “ángel le dio tiempo a meterse debajo de la cama y el segundo, a esconderse detrás de la puerta; una noche, Jesús le dijo por lo bajinín a Manuela, su mujer: “el ángel” anda por ahí, esta vez no se me escapa, a la tercera va la vencida”.

Cuando, un poco antes de rayar el alba, el “ángel” abandonaba la hura, donde calentita había quedado su “virgencita”, algo se le enreató en los pies y cayó al suelo. Se encendió la luz y Manuela y Jesús dieron un grito de asombro. Era Pedro, el hijo pequeño de Antonio, el vecino, aquél que fuera novio de Manuela, el que, al volver de la mili, la dejó por otra con más yuntas, el vecino al que habían odiado toda la vida, a él y a toda su familia. Un odio que nadie, ni confesores ni predicadores, ni sacramentos ni mayordomías, ni el agua bendita habían conseguido borrar.

En el momento en el que el hombre de la casa levantó la mano para cruzar la cara a aquel sinvergüenza, alguien le sujetó el brazo por detrás, al tiempo que decía: “Detente que él es el padre de tu nieto”. Era su hija Gertrudis, que sonriendo, se estrechó en un cálido e interminable abrazo con su Pedro, el hombre al que había amado desde niña.



El abuelo Guindo en la guerra de Cuba (1896)



Beatriz *la Morucha* y sus hijos Manuel y Eulogio



Así se disfrazaban los niños en Carnaval. ¿Quiénes son?



En la plaza Mayor, en carnaval, Beatriz Guerras, Brígida *Camaces*, Marciana Guerras y Damiana *Bellota*.

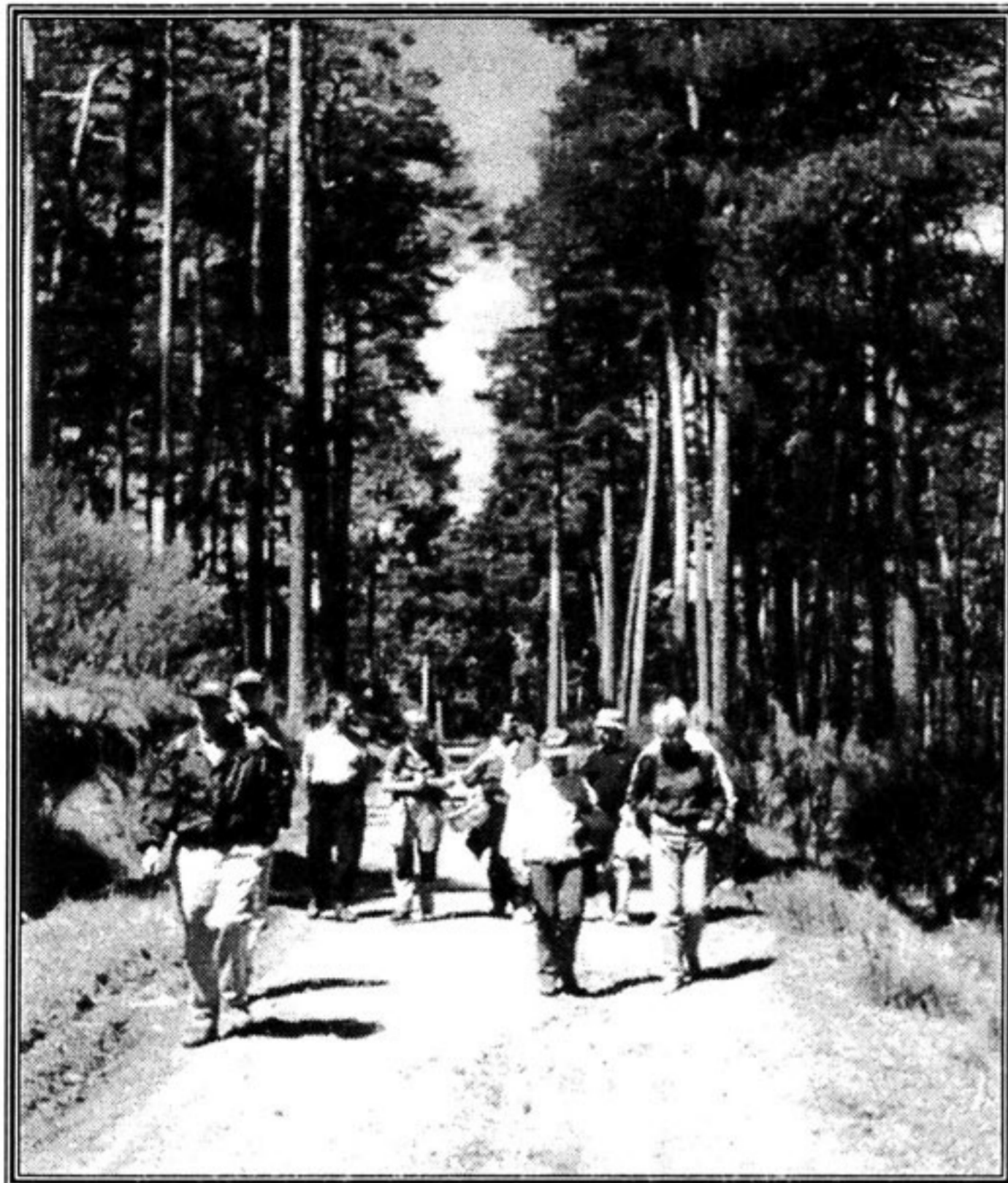


Irresistibles. Los más píos, mirad los peinados.



Entre amigos anda el juego. (Plaza de toros)

RUTAS PARA VIVIR. HOYOCASERO: BUSCANDO LA FLOR DEL VIENTO



Pinar de Hoyocasero

Los troncos de los pinos se levantan rectos como cariátides gigantescas que, sustentando sus copas en un armonioso balanceo, entonan un vals donde la orquesta de la naturaleza pone la magia pintando un espectáculo con los mil y un colores de la vida. Señores, corramos las cortinas y abramos bien los ojos, no hay imagen que perderse...

Una pequeña cuesta nos sitúa en el patio de butacas. El muérdago cuelga de los árboles tapando a los actores que, a medida que subimos, comienzan a aparecer: ahora las retamas con su color amarillo intenso, más allá las flores de Salomón, mira ahí las peonias... un ¡oh! generalizado resueña en el ambiente, una alfombra de flores amarillas se estremecen con los mágicos susurros del viento. Es el momento cumbre de la partitura, miles, tal vez millones de pulsatillas nos hacen detener. Nuestros cuerpos comienzan a vibrar y a moverse, y por qué no, a bailar, imaginándonos en uno de esos vals, dando vueltas y más vueltas a los compases del Danubio azul, El Emperador... ¡señores! hemos encontrado "Las flores del viento".

Nos encontramos en el pinar de Hoyocasero, situado al sur de Ávila y en la cuenca del río Alberche; entre las sierras de Gredos y la Paramera. Sus aproximadas 150 hectáreas albergan más de 500 especies superiores típicas del matorral mediterráneo, vegetales de la zona eurosiberiana combinando con plantas ibéricas de montaña. Este jardín, dominado por el pino silvestre (*Pinus sylvestris*) y atacado por el roble melojo (*Quercus pyrenaica*) que rebrota debajo de sus copas, es una joya botánica que no tiene nada parecido en toda la península; para los amantes de la naturaleza es una cita obligada. Desde el inicio de la primavera hasta mediados del verano las floraciones de algunas plantas son espectaculares y dignas de ser contempladas; entre ellas cabe destacar la común aguileña (*Aquilegia vulgaris*) con sus alfombras de colgantes flores azules. Mención especial



Pulsatillas



Polygonatum



tiene la flor del viento (*Pulsatilla alpina* subsp. *appifolia*), que llega a tapizar el suelo de color amarillo, alcanzando aquí un gran tamaño. Otras especies eurosiberianas son el lirio de los valles (*Covallaria majalis*) con preciosas flores blancas perfumadas y la falangera (*Anthericum liliago*). El sello de Salomón (*Polygonatum odoratum*) se encuentra muy abundantemente. Bajando junto al arroyo, encontraremos la dorada hierba centella (*Caltha palustris*) y la púrpura flor de cuclillo (*Lychnis flos-cuculi*), cerca de los robles. Entre la flora mediterránea, encontramos el lirio español (*Iris xiphium*) y la hermosa Leucea mayor (*Stemmacantha exaltata*). En hoyocasero se da la coincidencia de que podemos ver dos especies de peonias o rosas del monte (*Paeonia broteroi*) y (*Paeonia officinalis*). Para terminar y no hacer más extensa esta lista debemos hacer referencia a las preciosas Primaveras (*Prímulas elatior*) y la zarza *Rubus hoyocaseranus* propia de este lugar. Existen dos teorías referentes a su nombre: una como error de transcripción y otra que me comentó un lugareño que parecía conocer muy bien la historia del pueblo, y es que éste se llamó anteriormente Hoyocasero.

Como llegar: Partiendo de Ávila tomamos la N-502 pasando por el Puerto de Menga hasta Venta del Obispo, desviándonos por la C-500 que nos lleva a Hoyocasero.

Otros lugares a visitar: Hoyocasero es un pueblo muy hermoso y hospitalario donde podremos degustar su gastronomía y hasta tomar un buen café de puchero. Como a dos kilómetros encontraremos entre un paisaje granítico la ermita del Cristo de los Santos. Según la leyenda, está construida en el lugar del desaparecido pueblo de Navamuñoz, en el que parece ser que todos sus habitantes murieron envenenados por el agua. Navatalgordo y Navalosa son muy interesantes de visitar por sus típicos chozos.

Gerardo García Cuesta

Personajes macoteranos

JESÚS BUENO BLÁZQUEZ, MANOLAJAS

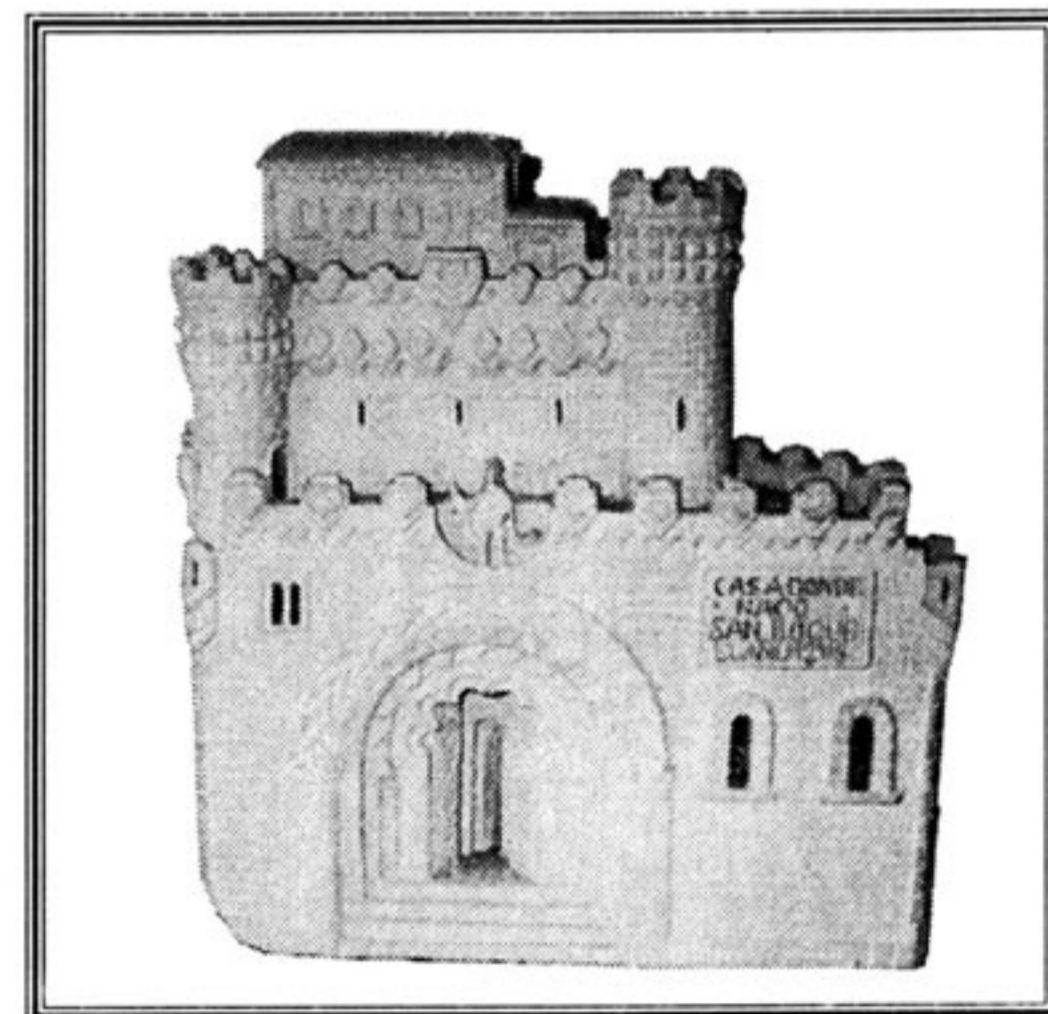


Nació en Macotera el 16 de diciembre de 1917, hijo de Ángel Bueno y Verónica Blázquez, conocidos por el apodo de Manolajas. Murió en Zumárraga el 24 de noviembre de 1999. Jesús era un macoterano más, dicharachero, amable, serio y responsable, muy preocupado de su familia y una buena persona. Durante su vida fue un obrero eventual del campo que desempeñó varios trabajos para sacar a su familia para adelante. Fue segador, podador, barbero y esquilador de ovino. Hizo de todo. Nada reseñable en este sentido, aparte de la grandeza y valor que contiene la vida y la obra de todo ser humano. No fue hombre de bar y sus ratos libres los empleó en tertulias de amigo, andar y pasear en bicicleta. La pelota y el fútbol eran sus deportes preferidos.

ofrece la madera para plasmar y moldear sus figuras. La galería de su casa, la navaja, cuatro gubias, una lima y papel de lija, con unos botes de cera y barniz caoba eran el taller e instrumentos con que Jesús creó una exposición escultórica verdaderamente interesante y bella.

Todas las habitaciones de su casa están decoradas con piezas que salieron de su habilidad e ingenio. Su colección muestra la exaltación religiosa imperante en su pueblo, representada en las figuras de la Virgen de la Encina, en el Cristo crucificado flanqueado por María y Jesús, Cristo bajo dosel, la vara de san Roque y la encarnación de figuras de animales, la escena de caza y la lograda lámpara que cuelga de su comedor, obra realista y conseguida, que impresiona gratamente la sensibilidad de cualquier observador.

Jesús no sólo talló la madera como material flexible y moldeable, le valía para su obra cualquier material que contase con las mismas características. Una tarde, en el río Tormes, halló un trozo de piedra de Villamayor. Se lo trajo a casa y, al cabo de unas jornadas, paciente, lo convirtió en un flamante y hermoso castillo.



En cambio, Jesús nació con una inclinación especial por el arte y por la belleza. No tuvo la oportunidad de asistir a una escuela de artes y oficios ni conoció la obra de grandes artistas; él sólo contó con la idea, la destreza y el buen manejo de instrumentos cortantes. Él fue un ejemplo de hombre autodidacto, que se hace a sí mismo.

Jesús aprovechó la ligereza y la distinta textura que

Se dice siempre que el hombre muere y no es cierto, el espíritu de Jesús, como el de otros muchos creadores se perpetúa en su obra, representada, en parte, en estas fotografías, un verdadero canto a las distintas especies de animales que corretean y olfatean por nuestros campos y montes, y su sensibilidad se desliza también por las costumbres religiosas y culturales que se viven en el pueblo.

(Viene del boletín anterior)

Estampas de mi infancia. Estampas de mi pueblo. LOS MONAGUILLOS DE MACOTERA.

Los domingos y festivos destacaban por el mayor boato en todas las celebraciones: vestimenta de "lujo", todas las luces encendidas, los ciriales y la cruz nuevos, etc, etc., (En aquella época se pusieron las lámparas del presbiterio que nosotros llamábamos las "arañas" y los "apliques"). La Misa Mayor era a las doce y la decía, por supuesto, D. Leo. Y el sermón (hoy la homilía), era siempre desde el púlpito (que era de madera) y sin micrófono, aunque, en realidad, la potentísima voz de D. Leo no lo requería para hacerse oír, (entenderle, ya era otra cuestión más personal). Por las tardes, teníamos la catequesis y el rosario. Las catequistas (nunca hubo "catequistas") solían estar entre las cantoras. También recuerdo como buena catequista a Alfonsa, la mujer de Timi, y a una hermana de Jesús y Ricardo Cantagallos. Durante la Cuaresma teníamos dedicación casi exclusiva a las tareas de culto. Las misiones, los Vía Crucis, las confesiones, los oficios de Semana Santa etc., etc. Además, los Miércoles de Ceniza, los sacerdotes tenían que decir tres misas seguidas cada uno, por lo que, teniendo en cuenta la cantidad de sacerdotes de Macotera que llegaban de vacaciones, procurábamos estar "bien desayunados" porque nosotros no teníamos convenio colectivo" y no había descanso para el bocadillo. Recuerdo que en vacaciones llegaba un sacerdote al que le teníamos todos los monaguillos verdadero terror. Era el cura Majo, muy buena persona pero lento, lentísimo diciendo misa. Cuando le veíamos entrar por la puerta de la iglesia, salíamos corriendo como alma que lleva el diablo a escondernos en la sacristía. Pero, inevitablemente, alguno le teníamos que ayudar a decir la misa, por lo que establecimos una especie de pacto entre nosotros que consistía en sortear a quién le correspondía ayudarlo. Así y todo, solíamos dejarle sólo diciendo la misa en más de una ocasión; sobre todo, el día que tenía que decir las tres misas seguidas. En Cuaresma también se tapaban las imágenes de los santos con una sábana morada, y teníamos unas enormes escaleras que se guardaban en la "traseira", para poder tapar a los situados más arriba. De la Semana Santa quiero mencionar que había un día a partir del cual no se podían tocar las campanas hasta el Domingo de Resurrección. Por este motivo teníamos que salir por las calles con el famoso "matracón" para avisar a la gente del comienzo de los Oficios. En cuanto a éstos en sí, recuerdo la gran afluencia de público a la iglesia, la gran devoción con la que se seguían los sermones de Las Siete Palabras y de la Soledad. A mí se me quedó grabado para siempre el cántico del "Ecce Lignum crucis", que cantaba el sacerdote tres veces seguidas subiendo un tono cada vez. La verdad es que era precioso. La Navidad la vivíamos con alegría. Era también de muchas horas en la iglesia, pero las dedicábamos con regocijo. Las ya famosas Misas del Gallo. Se llenaba la tribuna "de en medio" de las cantoras habituales (Catalina, Aurora, Petra, Alfonsa, etc., etc.), y de una gran concurrencia de cantores con castañuelas, hasta el punto que había que cerrar la puerta porque ya no cabía más gente. Cayetano al "armonio" se ponía solemne y aguzaba aún más el oído, si cabe. Su hijo Juanito cogía el "timbal". Los hombres, desde abajo, cantaban con voz profunda y sentida, más que en ninguna otra ocasión. Las mujeres sintonizaban con las cantoras. De la armonía entre todos estos elementos y sentimientos se ha ido transmitiendo de generación en generación esa magistral obra musical que es nuestra Misa del Gallo. No quiero dejar en el olvido algunas celebraciones singulares y de gran tradición. En primavera, era costumbre salir después de misa bendecir los campos.

Esos días teníamos que madrugar más, pero nuestro sacrificio era compensado porque existía la costumbre de llevar al oficiante a la sacristía el desayuno a base de chocolate a la taza, bien calentito, y bizcochos. Y, claro está, a nosotros también nos tocaba algo. Las mayordomías del Señor y del Corazón de Jesús tenían gran prestigio entre nuestros paisanos. En esas festividades se tocaba el órgano, y había que subir a la tribuna de la izquierda a hinchar el fuelle que era un mamotreto inmanejable y nos hacía sudar tinta china.

También se traían prestigiosos predicadores de fuera y las procesiones eran con música tocada por los Pachulos. Recuerdo cánticos como "Altísimo Señor", "Reinaré en España ... que es Nuestro Rey", etc., en la que sobresalía la potente voz del abuelo Pericache.

Como anécdotas finales, recuerdo el día en el que venía el Padre Peytomi (de fama mundial) a Peñaranda a predicar su mensaje "la familia que reza unida permanece unida". De Macotera llevamos a la Virgen de la Encina vestida de guapa, en un DKW de color rojo bien adornada con mantos bordados y hermosos ramos de flores. Nosotros también íbamos con nuestras mejores galas. Pero aquella tarde pasamos un calor sofocante.

En mi época de monaguillo, se construyó la calefacción debajo de la tribuna de la izquierda. Se mantenía con carbón. A mí me hizo sudar la gota gorda en más de una ocasión echándole paladas. Pero no hubo manera de hacerla funcionar bien porque echaba por la salida más humo que calor y había que abrir las puertas con lo que entraba mucho más frío. Total que con el frío y el humo es peor el remedio que la enfermedad, y después de muchos enfados de D. Leo, acabó por cerrarse.

También se restauró el Nazareno que hay según se entra por la puerta chica a la derecha. Tenía una mano rota y se la hizo nueva D. Jerónimo el maestro que, dicho sea de paso, era un gran ebanista.

Todo esto que os he narrado puede resultar hoy exagerado para un niño de siete años como tenía yo; pero entonces lo hacíamos con gran interés y con total naturalizada, como algo ya establecido en el modelo educativo y cultural del pueblo.

En fin, mi experiencia personal no tiene mayor interés. Al fin y al cabo, es un imperceptible espacio de tiempo en la historia de nuestro pueblo; historia que construimos entre todos los que en él hemos nacido pero que pasará al olvido más pronto que tarde. Por eso, mi mayor interés en relataros esto, es recordar a las personas que conmigo vivieron esos momentos de la infancia, las mencionadas y las que no lo han sido. Y rendir un pequeño, pero profundo y merecido homenaje, a todos los que dedicamos algún tiempo de su vida a ser monaguillos en Macotera. Un abrazo para todos.

Francisco Sánchez Madrid, Ajero

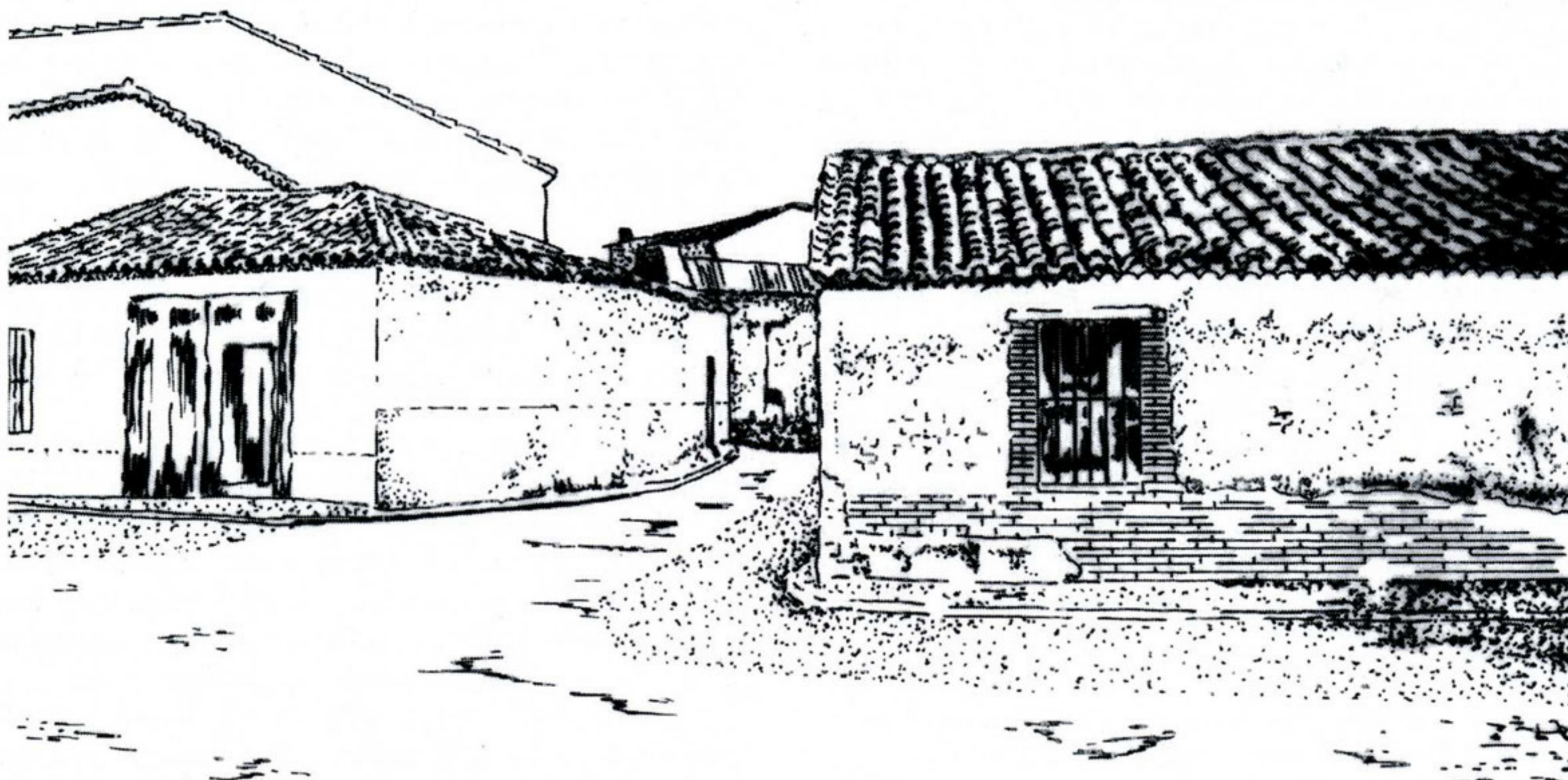
NOTA

Según el I.N.E., a 01/01/02 el número de empadronados en Macotera era de 1.635, en 1998, de 1.735.

Defunciones

Juan Blázquez Rodríguez, *Fontanero*
Abilio Hernández Jiménez, *Barriles*
Pascuala Cuesta Blázquez, *Venturina*
Manuel Madrid Zaballos, *Madriles*

Rincones macoteranos



El “encañao”

José Luis Rivero

En los aledaños de la ermita de la Virgen de la Encina, se concentraban tres rincones del miedo: el corral de los fantasmas, las lechuzas de la ermita, que chupaban el aceite de la lámpara y despertaban a los muertos de noche, y el famoso *encañao*. Llamábamos el corral de los fantasmas, al corral de las Carrolas, enfrente de la ermita, adonde el herrero de Ventosa montó el potro para herrar los bueyes. Los muchachos consideramos el hecho como una barbaridad, pues no nos cabía en la cabeza que se pudiese desafiar a los fantasmas tan descaradamente. Por su osadía y arrestos, llegamos a sentir por el hombre de Ventosa y su hijo gran admiración y asombro.

Que yo recuerde nunca me atreví a bajar al corral de los fantasmas; lo intenté mil veces, pero me quedaba en la mitad del *vallao* y el pavor me recomendada echarme arriba de inmediato; lo que sí hice fue remirar cuarenta veces la ventana y la puerta de la cuadra a ver si tenía la fortuna de contemplar en vivo al hombre del vestido blanco. No lo logré jamás, aunque seguí creyendo en la existencia del espectro. Un día, mi amigo Román vino corriendo al juego de pelota gritando: “Lo han visto, lo han visto...” Volamos todos a la era de la Adelaida. Atisbamos desde la cumbre y resultó ser un pobre que se había cobijado al abrigo de la tenada.

El miedo a las lechuzas era más propio de quienes iban a tocar la campana de la Virgen. Antes de abrir el portón de ésta, se solía mirar con sigilo el silencio del recinto por si era alterado por el graznido estridente y lúgubre de la lechuza cuando saltaba de una viga a otra o, quieta, emitía aquel resoplido seco y sobrecogedor. Se procuraba por miedo ir siempre acompañado a cumplir con ese requisito que imponía la mayordomía.

Pero lo que, realmente, me hacía perder el culo cuando iba a

acostarme a casa de mi abuela Juana era el tramo del *encañao*. No dejaba de correr hasta que no llegaba a la casa de los Campines. Me daba miedo la sombra negra y oscura que escupían las tapias de barro salpicadas con pequeñas manchas de cal. Yo creo que aún tenía más miedo a la posible persona que podía salir, inocente, de aliviar la barriga, camuflada de aquel tenebroso túnel, porque, de día, no me importaba atravesar el *encañao* cuando mi madre me mandaba a buscar una barrila de agua al pozo de agua buena; o quizá fuese también torturado por aquella leyenda vieja que relataba la presencia de un lobo feroz escondido en la alameda de la Virgen de la Encina. Aquel lobo era como el hombre del saco que se llevaba a los niños malos o el coco de los infantes que se negaban a comer o a dormir. El caso es que el *encañao* y el corral de los fantasmas aún me siembran la piel de sarpullido cada vez que revivo aquellos años de niño; se ve que las cosas que impresionan el subconsciente no se borran tan pronto, o lo hacen sólo con la muerte.

Pero el *encañao* no era sólo rincón del miedo, se trata asimismo del desagüe natural de las aguas de lluvia que proceden del camino de Mancera y de las calles que afluyen a su orilla. Cuando asoman éstas a la plaza de la Leña, se hermanan con las aguas que trae el arroyo de la Virgen y, confundidas, van veloces en busca del río Margañán. Antaño se juntaban en la hermosa alameda de la Virgen, hoy, desaparecida.

Cuando paso por el *encañao*, me bulle un montón de recuerdos, y aún me estremezco.

NOTA. Preguntan sobre el autor o autores de Rincones macoteranos: las láminas son de José Luis Rivero y los textos de Timi Cuesta.

El rincón. Los zapatos topolinos

Entre los años cuarenta y cincuenta, se puso de moda el zapato topolino. Sin duda, daba a la moza más esbeltez, más gallardía y un poco de seducción. La moda de la llamada “chica moderna” fue consentida en la época, porque el pie y el zapato no tenían eco en el sexto y el posible hechizo del tacón era simulado por la largura del vestido. Y las niñas no fueron ajenas a la novedad y también hicieron sus pinitos. Recuerdo que mis vecinas amarraban con cuerdas varios trozos de tejas a los tacones de sus zapatos para emular a las mozas. Y alguna lo pagó caro, pues perdió el equilibrio y el corte en el muslo fue morrocotudo.

D.
 C/ nº Piso
 Localidad C.P.
 Provincia